

2110 y la educación

Ruy Pérez Tamayo

Si los ideales de independencia e igualdad social parecen palidecer frente a la realidad en pleno bicentenario, el doctor Ruy Pérez Tamayo, profesor emérito, apunta que sólo por medio de una verdadera revolución educativa podremos alcanzar una sociedad más justa, independiente e igualitaria.

Desde hace más de un año nuestro país se encuentra en una efervescencia creciente de preparativos oficiales e institucionales para celebrar, en este año de 2010, los aniversarios de los dos movimientos sociales que se iniciaron hace doscientos y cien años, respectivamente, y que culminaron, el primero, con la Independencia de nuestro país de la corona española, y el segundo, con la recreación del Estado mexicano contemporáneo, de acuerdo con la Constitución de 1917. El gobierno actual creó una Comisión Especial Encargada de los Festejos del Bicentenario y del Centenario (CEEFBC), al principio dependiente de CONACULTA pero posteriormente le dio autonomía y un generoso presupuesto. La CEEFBC ha diseñado un programa múltiple y de carácter nacional, que incluye más de quinientas actividades y que se intenta culminar durante los próximos meses de septiembre-noviembre. El titular de la CEEFBC ha reunido a los representantes de la vida cultural del país y, en presencia del presidente Calderón, ha descrito su ambicioso y variado proyecto. Muchas organizaciones, oficiales o no, y tanto políticas como académicas, están preparando su participación y van a contribuir a éstas y otras actividades.

Más modestamente, los universitarios tenemos plena conciencia de que nuestra máxima Casa de Estudios también cumple cien años de haber sido creada, y al mismo tiempo que hemos aceptado la invitación de la

CEEFBC para unirnos a la celebración de los movimientos bélicos que nos dieron independencia y estructura constitucional, también estamos trabajando para conmemorar la fundación de la Universidad en 1910.

Las fiestas y otras actividades incluidas en el proyecto de la CEEFBC tienen todas un carácter de celebración, de manifestaciones públicas de júbilo, de muy sentidos y merecidos homenajes a los principales héroes de nuestra historia, tanto Hidalgo y Morelos como otros muchos que pelearon junto a ellos y después de ellos, en el siglo XIX, y también de Madero, Villa, Carranza, Obregón, Zapata y, otra vez, muchos más que los acompañaron en la gesta de la primera mitad del siglo XX. Existen ya en librerías (y otras más se encuentran en preparación) varias publicaciones que examinan diferentes aspectos de ambas contiendas, con resultados que, por un lado, confirman y subrayan la llamada “historia de bronce”, que aprendimos en nuestros libros de historia en la escuela primaria y que sigue formando parte de los textos actuales; por otro lado, hay obras que matizan y hasta contradicen algunos de los “hechos” relatados sucintamente en los libros de texto infantiles. En la medida en que estas nuevas publicaciones están sólidamente documentadas, conviene tomarlas en cuenta para conocer mejor nuestra historia, pero si son confesionales no debemos hacerles caso porque se trata de propaganda de

posturas ideológicas, de derechas o de izquierdas, que no tienen nada que ver con la realidad.

Sin embargo, los festejos planeados hasta ahora por la CEEFBC son todos celebratorios, se trata claramente de entusiasmar al público con los resultados de las dos epopeyas, de renovar el fuego en el altar de nuestros héroes, de que todos “vibremos de emoción” ante su entrega sublime a causas que contribuyeron a crear el país en que vivimos. Tengo muy poco entusiasmo por esta posición, que además seguramente coincide con la idea del presidente Calderón. Pero si nos quedamos ahí, estaremos desperdiciando una gran oportunidad para preguntarnos, a la luz de la realidad del México del año 2010: ¿fueron positivos *todos* los resultados de los dos grandes movimientos sociales?, ¿algo *no ha salido* como lo querían y por lo que murieron nuestros héroes? Todos estamos conscientes de que nuestros próceres eran seres humanos, agigantados si se quiere por su visión política, pero seres humanos al fin. No se trata de exhibir sus debilidades y sus problemas éticos (que seguramente tenían) con objeto de denigrarlos, sino de examinar la contribución de las gestas que iniciaron y por las que pelearon, en los resultados a largo plazo (o sea, en nuestro México como está hoy) de su lucha por la Independencia y por la constitucionalidad del país. En otras palabras, creo que debemos aprovechar esta ocasión tan favorable para ir más allá de la fiesta y examinar críticamente y sin criterios partidistas nuestra situación actual, establecer tan objetivamente como sea posible las causas de nuestra dependencia, tanto histórica como actual, de otros países y de otras culturas, que es consecuencia de nuestro lamentable subdesarrollo social, científico y tecnológico, y de la inconstitucionalidad caracterizada tanto por la corrupción y el fraude en la vida política posrevolucionaria, como por la violencia generalizada que se ha apoderado de nuestra realidad contemporánea.

Nuestros héroes de la Independencia pelearon y murieron por darnos un país libre y sin esclavos, porque en el siglo XVIII todavía imperaba el colonialismo y no todos los hombres eran iguales; como resultado de la gesta de 1810 México se independizó de la corona española y abolió la esclavitud. En 2010 el colonialismo no ha desaparecido, aunque ahora el dominio de unos países sobre otros ya no se establece por medio de la conquista y la ocupación militar (aunque en Iraq y en Afganistán pudieran tener otra opinión), sino por la generación, posesión y distribución del conocimiento, por el desarrollo de la tecnología de avanzada y por la ley internacional de patentes. Los países subdesarrollados científica y tecnológicamente seguimos siendo colonias de las naciones que sí poseen los mecanismos para generar el conocimiento y explotarlo, no sólo en forma económica sino también política. Esto puede tener consecuencias catastróficas, como por ejemplo la negativa

de los Estados Unidos a limitar la venta de armas a los compradores mexicanos, medida que protege a los fabricantes norteamericanos y facilita la adquisición de sus productos por los miembros de los distintos *cárteles* de narcotraficantes, que con ellos pueden continuar con su guerra en contra de la sociedad (guerra que, incidentalmente, están ganando, no sólo en México sino en todo el mundo).

Cualquiera que conozca la realidad de nuestro país estará de acuerdo en que la Revolución de 1910, que pretendía terminar con la injusticia social (que no era otra cosa que la persistencia de la esclavitud, disfrazada con otros nombres), fue un doloroso fracaso. En 1917 se logró aprobar una Constitución y se peleó por seguir sus principios, pero la historia señala con claridad inobjetable que esto no ocurrió, debido en parte a la violencia, a la ineficiencia de las instituciones, a la ausencia de programas sociales, a la corrupción judicial, etcétera. Existe cierto paralelismo trágico en los hechos de que la Revolución se inició en 1910 en contra del gobierno de Porfirio Díaz, que recientemente se había hecho reele-



Facultad de Medicina, Biblioteca y Hemeroteca, Ciudad Universitaria



Facultad de Química, Ciudad Universitaria

gir como presidente de México, pero con el asesinato de Madero, su hermano y Pino Suárez, que se habían opuesto a la sexta reelección presidencial de Porfirio Díaz (que se llevó a cabo), el movimiento armado se retomó con el Plan de Guadalupe, dirigido a combatir la ilegalidad del gobierno de Huerta, y terminó con el asesinato de Obregón, que también se había hecho reelegir. La Revolución la pelearon muchos mexicanos desarraigados esperando mejorar sus miserables condiciones de vida (su esclavitud), pero al final la ganaron los generales sonorenses y la perdió el pueblo de México. Se trataba de convertir un régimen político y económico feudal en una república constitucional, con derechos y oportunidades iguales para todos los mexicanos. El resultado fue la hegemonía en el poder de un mismo grupo político, primero como el PNR de Calles, después el PRM de Cárdenas y el PRI de Ávila Camacho, por setenta y un años, con las consecuencias que todos conocemos.

¿Qué estamos festejando en este año de 2010? La propaganda oficial dice que celebramos los doscientos años de nuestra Independencia política y los cien años de nuestra Revolución social. Pero resulta que en este año de 2010, en un mundo globalizado, los mexicanos somos todavía menos independientes (política, económica y culturalmente) de otras naciones que en 1810, y todavía estamos muy lejos de alcanzar la justicia social que proclamaron algunos de los revolucionarios de 1910.

Las conmemoraciones tienen más que nada un valor simbólico. Casi siempre se usan para convocar al público a apoyar, aplaudir y participar en ceremonias que lo convierten en masa convencida de lo que se conmemora. Tales ceremonias pueden ser de tres tipos distintos: 1) estimulantes, cuando su contenido es justo y encomia-

ble; 2) aburridas, cuando lo que se conmemora es irrelevante; o 3) abominables, cuando su objetivo es afirmar o perpetuar situaciones injustas y/o inmorales. Se pueden tener “doscientos años de ser orgullosamente mexicano”, reconociendo al mismo tiempo la existencia de los graves problemas que afectan a nuestro país, que son consecuencia del fracaso de los dos movimientos sociales que estamos celebrando, en vista de que, como nación, ni somos independientes ni hemos alcanzado la justicia social. Desde luego que en esta situación México no está solo, sino en compañía de muchos otros países subdesarrollados, la mayoría pertenecientes al hemisferio sur; los factores determinantes de este fenómeno son muy complejos y varían histórica y geográficamente, pero en nuestro país pueden identificarse en forma tanto general como útil, porque sugieren políticas específicas para combatirlos. En mi opinión, la dependencia de México de otros países y su trágico retraso en justicia social se deben no sólo a la suma de muchas contingencias históricas singulares sino también a una postura filosófica general, que ha determinado nuestro destino a lo largo de los últimos doscientos años y amenaza con seguirlo controlando en el futuro, a menos que se reconsidere en forma positiva. Me refiero a la importancia que el país (el gobierno federal, las autoridades estatales, la sociedad civil, los ciudadanos individuales) le concede a la *educación*.

¿Quiénes son los ciudadanos más importantes en una sociedad del siglo XXI?: ¿los políticos?, ¿los empresarios?, ¿los periodistas?, ¿los obreros?, ¿los campesinos?, etcétera. Ninguno de ellos, los ciudadanos más importantes son los *Maestros*, los que tienen la responsabilidad de educar a la sociedad para que cada día se convierta en algo mejor de lo que ya es, con objeto de mejorar la calidad de vida de todos sus componentes. El gran pecado de México en los últimos doscientos años de su historia ha sido el no reconocer la importancia de la educación como el elemento central, *sine qua non* es posible el progreso del país (entiendo por progreso la mejoría de la calidad de vida de todos los miembros de la sociedad). José Vasconcelos tuvo esta visión y la promovió en forma mesiánica en los pocos años que tuvo autoridad para hacerlo, aunque sus resultados positivos se han exagerado mucho, y el presidente Lázaro Cárdenas también lo hizo (con la orientación socialista de su gobierno) en su sexenio, apoyándose sobre todo en los militares y los maestros. Pero desde entonces, y cada vez en forma más escandalosa y prostituida, los maestros mexicanos han sido relegados, rebajados y casi olvidados por las autoridades, tanto federales como sindicales. Las facilidades para su preparación y educación continua son pobres o inexistentes, sus sueldos son miserables (¿cuánto gana un diputado federal, en comparación con lo que gana un maestro de primaria?), su

prestigio social está por los suelos, cada año sus manifestaciones en el Día del Maestro son estériles, y su sindicato fue castrado hace varios sexenios y actualmente sólo sirve a sus propios intereses y a los del partido político en el poder. Que esta situación es suicida lo demuestra el subdesarrollo de nuestro país, cuya población en general todavía no ha tenido acceso a la “sociedad del conocimiento”, característica de los países desarrollados en el siglo XXI, excepto en sectores muy pequeños. La fuerza que transformó al mundo medieval en moderno (entre los siglos XVII y XX) fue la ciencia, pero todavía en el siglo XXI, México es el país miembro de la OCDE que gasta *menos* de su PIB en el desarrollo de la ciencia y la tecnología, de los veintisiete que forman parte de esa organización. A partir del año 2000, en que el PAN desplazó al PRI del poder político, los gobiernos han relegado los proyectos culturales, educativos y científicos a un plano todavía menos sobresaliente que sus predecesores administrativos (que no se caracterizaron por su promoción), y la situación actual no parece tener visos de mejorar, sino todo lo contrario.

¿A qué se debe el descuido y la miseria de la educación en México, en los doscientos años de su Independencia y en los cien años de su creación como república constitucional? No a la perversidad de las autoridades ni a la atención obligada a otras contingencias: se debe a la *ignorancia*. Y resulta que la solución al problema de la ignorancia es, precisamente, la educación. ¿Por qué nuestros gobiernos no han buscado apoyar la solución obvia a los problemas tradicionales de México, como el

caciquismo, la corrupción a todos los niveles, el fraude electoral, el partidismo político, etcétera? Por *ignorancia*. Porque los responsables de hacerlo nacieron de padres *ignorantes*, se educaron en escuelas deficientes por la *ignorancia* de sus profesores, y se incorporaron en sectores de la sociedad formados por miembros igualmente *ignorantes*, con valores característicos de la *ignorancia*, o sea el egoísmo, la ambición personal y la ausencia de ética profesional. El principal problema actual de la sociedad mexicana es la *ignorancia*, y sólo tiene una solución, que es la *educación*.

El cambio de la ignorancia al conocimiento no es ni rápido ni fácil. Convertir a la sociedad mexicana al uso preferente de la razón y de la ética en las relaciones humanas tardará varias generaciones y costará mucho trabajo, pero no es una meta imposible. Uno de los primeros síntomas favorables de esa transformación sería que nuestros políticos dejaran de preocuparse por las próximas elecciones y se convirtieran en estadistas, que piensan en las próximas generaciones. La historia de México, como la de muchos otros países, consta de triunfos y derrotas, de luces y de sombras, de tiempos buenos y de otros no tan buenos. Los aniversarios que estamos celebrando podrían ser una buena oportunidad para promulgar como la más alta prioridad para el buen futuro del país el apoyo más amplio e irrestricto a la educación, y señalar como meta que en el año 2110 los mexicanos celebremos el tricentenario de la Independencia, el bicentenario de la Revolución, y el centenario de la Educación.



Colegio de Ciencias y Humanidades, laboratorio de cómputo, Plantel Oriente